

WE ARE THE CHILDREN

María Sagrario Páez Guerrero

Son las siete y cuarto de la mañana y los tenues rayos de un sol que pide a gritos un café comienzan a colarse tras la ventana reflejando el color rosa pálido de mis cortinas en mi impresionante habitáculo de diez metros cuadrados al que puedo llamar hogar. Me levanto y casi me caigo tras tropezarme con la botella de whisky barato que me terminé anoche. Voy hacia el cuarto de baño mientras el ruido de mis pasos se intercambia con el crujido de mi espalda como consecuencia de la eterna guerra que cada noche disputo con mi colchón de muelles torcidos y olor a rancio.

Me lavo los dientes mientras escucho el sonido de la ducha de la guapa vecina de arriba y a la casera, tres pisos más abajo, gritándole a su hijo de ocho años que se abroche bien la camisa y vaya a tirar la basura. Me meto en la ducha y dejo el agua caer en mi cara mientras me replanteo por millonésima vez el sentido de mi vida. Yo, un hombre de veintiocho años, soltero, en un país extranjero como es China, en una de las ciudades con más sobrepoblación de la Tierra, donde todo el mundo parece ir con prisa. Me pregunto qué me hizo elegir esta vida, porque, sinceramente, sea lo que fuere, ya no me acuerdo. Quizás las ganas locas de un eterno soñador que quiere decidir su camino o el inmenso deseo de salirme de ese pueblo en donde la tranquilidad y la paz podían llegar a consumirme. Pero ahora puedo decir con certeza que no queda nada de ese chico rebelde e incansable, porque esta ciudad, o quizás la sociedad que me ha tocado vivir, me ha arrebatado cualquier indicio de pasión y me ha impuesto, en cambio, la monotonía y la rutina hasta en el último de mis huesos. Me pongo mi traje azul oscuro que compré de oferta en la tienda de la esquina, una corbata hortera y la camisa blanca descolorida que me

regaló mi madre hace unos diez años cuando encontré mi primer puesto de trabajo en una de las oficinas de una multinacional en la ciudad más cercana a mi antiguo pueblo. Antes de salir, me miro al espejo de la entrada para sonreírme y obligarme a decir que hoy será un día distinto, aunque bueno, eso llevo diciendo desde el segundo mes de estos largos seis años y lo más interesante que me ha pasado ha sido que el dependiente de la tienda de todo a cien en la que suelo comprar me regale una cajetilla extra de cigarrillos.

Salgo del apartamento, bajo las escaleras y, antes de salir, me despido con un sonoro buenos días a la casera, a lo que ella me responde con un bufido que ni los gatos hambrientos que se pasean por el callejón de al lado. Quizás sea porque llevo diez días de retraso en el pago de mi alquiler, aunque, bueno, pensándolo bien, creo que soy uno de los pocos que le paga cada mes, así que no le doy más importancia de la que tiene.

Esta mañana me toca correr un poco, porque casi no llego a coger el autobús que me lleva a mi actual trabajo y no me quiero imaginar la cara de mi simpático jefe si llegara tarde. Me pongo mis auriculares y me abstraigo del mundo. Algunas veces me da miedo la manera en que me parezco a todas las personas que están al lado mío: metidos en sus libros, móviles y portátiles, esperando impacientes a llegar a su destino, para pasarse las siguientes horas trabajando y desear llegar a casa para tener su momento de tranquilidad, el cual se puede resumir en ver el típico *reality show* sobre gente que hace pruebas ridículas de habilidad o cualquier tontería por el estilo.

Me bajo en la parada que se ubica en la esquina de mis oficinas: un edificio cutre color marrón oscuro en uno de los barrios de clase media de Shanghai, donde mis compañeros de trabajo y yo intentamos venderle nuestros productos cosméticos chinos a empresas americanas e inglesas. Estoy a unos cuatro metros de la entrada de mi oficina cuando un niño de no más de diez años se choca contra mí y cae al

suelo. Yo, sobresaltado, intento levantarlo y le pregunto, en mí todavía deficiente chino:

- ¿Te encuentras bien? – El chico me mira asustado y sale corriendo.

No pasa más de un minuto cuando una chica de pelo rizado, con ojos verdes muy grandes y rasgos africanos se sitúa frente a mí y me pregunta en inglés con la voz entrecortada por la carrera:

- Perdona, ¿sabes por dónde ha ido? – La chica, al ver mi cara de confusión me da las gracias y sigue corriendo tras el niño.

Decido entrar en el edificio y hacer como si no hubiera pasado nada, aunque he de reconocer que durante todo el día no pude olvidar la cara asustada del niño y los preciosos ojos verdes de esa chica. Las siguientes horas pasan con la frustrante tranquilidad de todos los días y terminada mi jornada laboral me vuelvo a montar en el autobús de vuelta a casa.

Al día siguiente vuelvo a hacer el mismo camino y antes de entrar a trabajar me fijo a ver si reconozco alguna de las caras de alguno de ellos pero, desafortunadamente, no veo a ninguno.

Salgo a las ocho de trabajar y al cruzar la esquina veo otra vez a la chica del pelo rizado, pero esta vez dándole un paquete a una niña pequeña de seis años. Las veo hablando y ella parece estar consolando a la pequeña. Cuando terminan se dan un abrazo y la niña sale corriendo hacia un callejón oscuro.

La chica gira hacia el lado contrario y yo no me puedo aguantar las ganas y salgo tras ella. Cuando estoy a unos cinco metros de distancia le grito un “¡disculpe!” demasiado alto y ella se asusta un poco. Me acerco hacia ella y en ese momento me doy cuenta que no sé qué decirle, me siento como un estúpido, pero consigo decirle:

- Emm... Hola... Me llamo Jorge. Soy el hombre con el que te chocaste el otro día. Bueno... solo es que... tenía curiosidad porqué el niño iba corriendo de ti ayer. Aunque ahora que lo pienso es una tontería, discúlpeme.

En ese momento hago el amago de girarme pero me dice:

- Yo soy Shia, encantada. La verdad no puedo decirte nada sobre eso, pero pareces de fiar. ¿Tanta curiosidad tienes? ¿De dónde eres? ¿Por qué estás aquí?

- Soy español y estoy aquí trabajando desde 2009, aunque bueno, solo me había preocupado por el chico de ayer, parecía muy asustado, de verdad mi intención no era meterme donde no me llaman –Saco mi lado cobarde ante la avalancha de preguntas y la personalidad tan segura de la chica.

- Bueno, hagamos una cosa –la chica mira hacia un lado y a otro para asegurarse de que no pasaba nadie– toma esta dirección y preséntate mañana más o menos a esta hora si quieres saber que tenemos entre manos. Y, por favor, cambia esa cara de asustado, nosotros no somos los malos.

Se despide de mí con una amplia y preciosa sonrisa y me deja allí, de pie, como un tonto y una tarjeta en la mano con una dirección de un apartamento al norte de la ciudad.

Me vuelvo a mi casa mientras no paro de darle vueltas a la cabeza sobre qué hacer. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que todo esto tiene pinta de ser peligroso. Además, no sé nada de esa chica y la verdad, creo que esto solo me puede traer problemas.

A la mañana siguiente vuelvo a pasar las malditas ocho horas trabajando y cuando salgo miro la tarjeta de la dirección, titubeo un poco, pero finalmente me monto en el autobús hacia el sitio que viene indicado. Tardo unos cuarenta y cinco minutos en llegar, y me bajo en el distrito más pobre de Shanghái, en el mismísimo ghetto. Mentiría si digo que no pensé correr detrás del autobús para volverme a mi vieja rutina y olvidarme de toda esta locura, pero tuve el suficiente valor para dirigirme hacia el bloque de pisos entre estas calles llenas de basura, niños mal vestidos corriendo detrás de los gatos y mujeres mirándome detrás de las ventanas seguramente preguntándose porque un hombre occidental y con un abrigo tan nuevo estaba paseándose porque este sitio a estas horas de la tarde. Seguramente se pensarían que estaba loco y, sinceramente, no se lo niego.

Llego al apartamento, un tercero con la puerta que en un principio muy lejano debía de haber sido marrón; llamo, y a los cinco minutos me abre un hombre de piel oscura de casi dos metros de altura que me mira de arriba abajo como si fuese un perro abandonado y me pregunta broncamente:

- ¿Qué quieres, guiri? Este no es sitio para gente como tú, lárgate antes de que alguien te robe o te pase algo peor.

- Vengo buscando a Shia –intento decir, con la voz más masculina que me sale.

Al escuchar el nombre, me mira perplejo, duda un momento y me dice:

- Bueno, está bien, espera un momento, pero ni se te ocurra moverte.

A los dos minutos, por suerte para mí, aparece ella, me mira sonriente y me dice:

- ¡Hombre, pero si eres tú! Ya creía que no ibas a venir. Venga pasa, pasa, no te asustes. Bienvenido a tu casa, no es muy grande pero tiene su encanto, ¿no crees? –Me hace pasar y me dirige desde el salón hacia un pequeño despacho con el papel de flores de la pared prácticamente desconchado mientras no para de hablar– Veo que ya has conocido a Darrell, cuando no lo conoces da un poco de miedo, hay que reconocerlo, pero luego tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Bueno, siéntate, que vamos a empezar la reunión, ¿tienes alguna pregunta antes de empezar? –Empieza a reírse con una risa tan contagiosa que me quedo tan ensimismado que por un momento se me olvida donde me había metido.

- Bueno... la verdad es que no tengo idea de nada, así que, lo que me quieras contar, bienvenido sea.

- Vale, primeramente, lo que te voy a contar no te compromete absolutamente a nada, simplemente tengo que tener que claro que esto va a ser totalmente confidencial, porque si no, te las verás con Darrell y te aseguro que no lo quieres ver enfadado –por un momento me mira seriamente y yo asiento tímidamente, pero eso le dura dos segundos y vuelve a sonreír– ¡es broma! Solo quería que dejaras de estar tan serio. Aunque, bueno, esto precisamente no es que sea ninguna broma. En fin, Darrell y yo estamos en una ONG llamada *We are the Children* que se encarga de investigar sobre la explotación infantil aquí en Shanghai. Los niños con los que me viste hablar el otro día son pequeños que están metidos en el fondo del asunto, pero los tienen tan amenazados que nos cuesta meses conseguir información sobre las condiciones en las que trabajan, su horario o las cosas a las que están obligados a hacer.

“Llevamos en esta operación tres años y estamos a punto de dar el golpe gordo y, esperemos, definitivo. Se trata de una empresa que se dedica a crear las suelas de goma de las zapatillas de deporte a las grandes multinacionales. Los directivos de compañía tienen a los trabajadores trabajando doce horas al día y cobran un dólar y medio

por jornada. A esto le sumamos que el treinta por ciento son niños entre ocho y doce años que trabajan diez horas, que no saben apenas escribir y han sido sacados del colegio por la situación económica de sus familias, donde tienen que trabajar todos para llegar a fin de mes.

La chica se calló, esperando mi reacción. Yo estaba en estado de shock. Claro que sabía que había explotación infantil, pero nunca se me había mostrado tan de frente. Siempre me había mantenido al margen de todos los problemas relativos a este tema. En ese momento solo se me ocurrió preguntar:

- Y bueno, estas multinacionales, ¿no hacen nada?

- Hemos intentado contactar con ellas miles de veces para contarles qué productos estaban comprando, pero se hacen los sordos, solo les interesa el dinero y los beneficios. No hay derecho, estos niños se crían con miedo, le arrebatan su infancia y los tratan como máquinas que no necesitan descanso –se notaba que este tema realmente le importaba, se le quebraba la voz al decirlo- Bueno, más o menos esto es un resumen de lo que sucede aquí. Aunque aquí solo vivamos Darrell y yo, tenemos un equipo bastante grande. Somos un equipo de treinta personas repartidas por toda la ciudad, que trabajamos, como ya te he dicho, desde hace unos años en la misma operación y está a punto de explotar. Vivimos de incógnitas tanto como podemos, pero ya hemos sido amenazados varias veces por la empresa aunque nunca directamente. No me voy a enrollar más, solo quiero saber si te gustaría participar. No te estoy pidiendo que te metas de lleno, solo en la medida de tus posibilidades. Bueno, voy a dejar de hablar ya, ¿Qué te parece?

- Yo... Shia, no sé si sirvo para esto. Lo siento, pero creo que tu impresión hacia mí no es la que pensabas. Yo no es lo que se pueda decir un tío muy valiente. Solo sirvo para vender y poco más –me costaba mirarla a la cara, se notaba que estaba un poco decepcionada.

- Jorge –me mira muy seriamente– eso es exactamente lo que necesitamos. Dime al menos que te lo vas a pensar. Mira, aquí tienes mi teléfono. Cuando tengas una decisión, sea lo que sea, no tardes en llamarme.

Me despido de ella y salgo de ese apartamento cagando leches. Llegó a mi casa y me meto en la cama, intentando asimilar toda la información que había recibido en las últimas horas.

Dejo que pase un día y otro, diciéndome a mí mismo que es una locura, que me meto en algo muy gordo que no puedo controlar y me puede traer consecuencias muy graves, incluso la muerte. Pero por otro lado, busco sobre la explotación a la que someten a los niños en Internet, que me hace hervir la sangre, y pienso en la cara de Shia después de decirle que no. Así que, ocho días después de nuestra reunión, me armo de valor y marco su número. Al principio no contesta, pero no desisto y la vuelvo a llamar. A la cuarta vez lo consigo y le digo:

- ¿Shia? Soy yo, Jorge. Te llamo para decirte que sí, que me apunto. Puedes contar conmigo. Pero... -en ese momento ella me corta y me dice:

- ¡Jorge! Qué alegría que me digas eso. Bueno... las cosas han cambiado un poco y ahora no puedo hablar. Necesito que nos veamos lo antes posible. Preséntate esta noche en un bar que se llama “La perla negra”, en el barrio de Linlongs. Allí pregunta por Louis, y dile que vas de parte mía. No tengas miedo, por ahora no hay peligro.

En ese momento cuelga el teléfono y a mí me entra una mezcla de terror y exaltación por todo el cuerpo que no podría describir bien con palabras. Las siguientes horas antes de dirigirme hacia el establecimiento pactado se me hacen interminables, tengo mil preguntas y ninguna sin resolver.

Me cojo un taxi que me lleva hasta el bar, un sótano oscuro y con bastante mala pinta. Entro y me encuentro al camarero medio dormido haciendo el amago de leer el periódico y a unos turistas alemanes borrachos como una cuba cantando una canción en un intento de alemán bastante caótico. El camarero, al verme entrar, se incorpora y me mira con cara extrañada. Me acerco y le digo:

- Buenas noches, busco a Louis. Vengo de parte de Shia Gargaglione.

- Vaya... un novato. Bienvenido. Sígueme.

Abre una puerta que da a unas escaleras y mientras bajamos oigo a gente discutir y reconozco la voz de Shia. Ella lleva la voz cantante junto con otro hombre. Puedo distinguir perfectamente lo que dicen. “¡No voy a dejar en manos de un cagueta nuestro esfuerzo desde hace años!”. A lo que Shia responde: “¿Tienes otra solución Louis? ¡Nos tienen calados a todos!”. En ese momento, el camarero llama a la puerta y alguien abre, dejando aparecer una estampa que impresionaría a cualquiera: una habitación bastante amplia, repleta de papeles, gráficos, planos, imágenes y dibujos por las paredes. En el centro una mesa redonda muy grande y, alrededor, lo que podrían ser unas veinticinco o treinta personas, todas de distintos países, aunque sobresalían los rasgos asiáticos. En el centro de la sala se encontraban de pie Shia y el supuesto Louis todavía discutiendo, sin darse ni siquiera cuenta de mi presencia. Darrell, que estaba en una silla más pegado a la puerta, me vio y, con una amabilidad sorprendente, se dirige hacia mí, me da una palmada en la espalda que hace que casi me caiga, y me dice:

- ¡Benditos sean mis ojos! ¡Pero mira quien está aquí, si es el guiri! ¡Louis, Shia! ¡Dejad de discutir ya, mirad quien ha venido!

En ese momento los dos se giran y si las miradas mataran, yo sería una víctima de las de Louis. Shia, con esa alegría que le caracteriza exclama:

- ¡Gracias a Dios que has llegado ya! Si no, esto se hubiera convertido en una guerra civil en unos minutos –mira a Louis con desprecio, a lo que este le responde con un gruñido y sentándose en su silla de mala gana– Mira, este es nuestro equipo. Como puedes observar, venimos de distintos sitios, aunque entre nosotros hay bastantes ciudadanos de esta ciudad que se han querido unir a esta injusta causa, ¿verdad chicos? –dice, dirigiéndose a la mesa– Bueno, empecemos cuanto antes. Ahora hay que ponerse serios. Jorge, nos han pillado, o al menos eso creemos. Queríamos dar nuestro último asalto dentro de dos meses pero la cosa se ha complicado. Los peces gordos de esta empresa nos conocen a casi todos. Es lo que tiene trabajar con niños, ellos no saben nada y cuando se asustan pueden llegar a delatarnos. Nosotros no los culpamos a ellos, sino a los jefes que tienen detrás. Desde hace cinco meses nos estamos dando cuenta que nos están vigilando, a todos y cada uno de nosotros. Y eso no es nada, las amenazas empezaron hace unas semanas. Por eso, te necesitamos más que nunca, pero ahora mismo, tenemos que informarte en lo que estamos metidos.

A partir de este momento me dediqué a escuchar todo lo que tenían que decirme: operaciones, cuentas bancarias, ejemplos y modelos de familias a las que tenían sometidas... En conclusión, todo lo que tenía que saber acerca de los planes que llevaban elaborando tanto tiempo. Por lo visto, iban a organizar una entrada a la fábrica para hacer fotos y así tener las pruebas suficientes para denunciarlos, pero la situación se estaba complicando cada vez más.

- Y aquí es donde entras tú – dijo Shia – Queremos que te hagas pasar por un multimillonario rico que quiere crear una nueva marca de zapatillas de deporte que revolucionara el mercado occidental.

En cuanto dijo eso, la gente de la sala comenzó a discutir entre ella, con opiniones a favor y en contra mientras yo intentaba asimilar lo que Shia acababa de proponer ante todos. A los diez minutos de discusión, Darrell se levanta y grita:

- ¡Ya se acabó! No nos volvamos locos. Lo hacemos como siempre lo hemos hecho. Tania, por favor, haz papeletas, lo echamos a suerte –le dijo a la chica con aspecto belga que tenía a su derecha.

La gente parece que estuvo de acuerdo y la habitación se calmó. Mientras repartían las papeletas, Shia me miraba con una sonrisa para intentar tranquilizarme a lo que yo le contestaba con la mejor cara que me salía.

A los quince minutos, el recuento estaba hecho y Darrell dijo en voz alta:

- Veintiuno a favor y nueve en contra –me mira sonriente– Guiri, parece que te has metido en una bien gorda.

Louis se levanta resignado y exclama:

- ¡Está bien! Si es lo que queréis habrá que preparar al pamplina este para lo que está por llegar. Pero no le hemos preguntado todavía a él. ¿Chaval, tú qué opinas?

Toda la sala se calla y me mira. Respondo con una seguridad que hasta yo mismo me sorprendo:

- Me apunto.

Desde ese momento, no paramos de trabajar. Mi entrada a la fábrica se planea aproximadamente para dentro de tres semanas pero antes había mucho que hacer. Tuvimos que crear una empresa nueva desde la nada: facturas, fichas de trabajadores, declaraciones de renta,

direcciones de correo electrónico, identidades falsas... Fue sorprendente como el equipo de la ONG pudo crear semejante compañía en poco más de quince días. La verdad se diga, la mayoría de los papeles que estaban consiguiendo se alejaban bastante de lo legal, aunque, tenían buenos contactos dentro del mercado negro de la ciudad.

Por lo que a mí respecta, estuve estudiando la situación de la fábrica todo este tiempo. Analizaba planos, las entradas y salidas, las horas a la que entraban los trabajadores y los directivos de la empresa, y a la hora que salían, las cámaras y el personal de seguridad... Fue un trabajo duro, cada día después del trabajo me dirigía hacia allí y pasábamos media noche en vela.

Dos días antes de mí visita a la fábrica Shia me dijo:

- Ya está todo casi listo. Hemos estado mandando correos diarios y llamadas telefónicas a la empresa para decirle que el jefe de nuestra empresa, es decir, tú, quiere ver las instalaciones de la fábrica y comprobar por el mismo que la producción de la mercancía es máxima. Al principio se han mantenido un poco reacios a la idea, pero les hemos dado a entender indirectamente que sabemos sobre el tipo de trabajadores que tienen allí, y no nos importa. Lo único que nos interesa son el número de existencias.

- Perfecto. Pero hay una duda que todavía no tengo muy clara – digo, revolviendo todos los papeles de la mesa- ¿Visitaré solo la fábrica? ¿No será un poco sospechoso que un jefe de una gran multinacional se presente solo en China solo para ver una fábrica?

- Eso está solucionado. Hemos contratado a quince personas para que se haga pasar por tus seguratas y ayudantes. También le hemos dicho que eres muy exigente y solo te importa tu compañía.

Llegó el día deseado. Me levantó muy temprano porque la visita a la fábrica estaba dispuesta a las nueve de la mañana. Me pongo mi carísimo traje y los zapatos nuevos para la ocasión y me monto en el autobús dirección al bar donde hemos estado quedando el último mes. Allí se notaba la tensión en el ambiente. No me di cuenta de la dimensión de la operación hasta que la vi con mis propios ojos: habían alquilado una limusina, coches con los cristales blindados y mi “personal” daba tanto el pego que era hasta escalofriante. Darrel, Louis, Shia y los demás estaban dentro. Cuando entro, me hacen pasar y me cuentan los últimos detalles.

- Te vamos a poner este pequeño micrófono para escuchar todo lo que pase dentro. No creemos que te hagan pasar por ningún escáner de seguridad, pero probablemente te cachearán antes de entrar. También te vas a poner estas gafas de pasta que tienen una cámara incorporada para poder sacar las fotos de los niños –me explica Louis, nervioso– lo único que tienes que hacer es llegar, visitar las instalaciones, dirigirte a su despacho para firmar el supuesto contrato y salir pitando de allí. ¿Lo has entendido?

- Hemos repasado el plan millones de veces, no habrá ningún problema.

Me dirijo hacia fuera con mi “personal”, pero antes Shia se me acerca, me da un beso en la mejilla, me abraza y me dice al oído:

- Sé que no la necesitas, pero buena suerte.

Salgo del bar y me monto en la limusina dirección a la fábrica. En este momento empiezan a salir todas las inseguridades, e intento no pensar en todo lo que puede salir mal. Cuando llegamos, ya había unas veinte personas esperando en la puerta, la mayoría eran seguridad pero se podían distinguir tres hombres en la puerta, fumando, que tenían pinta de ser los jefes de la fábrica.

Me bajo de la limusina y me dirijo hacia ellos. Uno de los tres se adelanta y dice:

- Buenos días señor Martínez encantado de conocerle –dijo en un perfecto chino- Mi nombre es Akame Lin y seré yo mismo quien le enseñe la fábrica.

- El placer es mío señor Lin –dije– Perdón por mi vocabulario, aún tengo que mejorar algunas palabras, al fin y al cabo, es solo la tercera vez que viajo a China –me sudaba todo el cuerpo y temí que se me despegara el micrófono que llevaba puesto.

Nos dirigimos hacia dentro y en la siguiente hora nos concentramos en ver los distintos tipos de materiales que utilizan para las suelas de los zapatos, así como los diferentes diseños que poseían. Se notaba que me estaba enseñando la parte bonita de la fábrica, y una vez hecho todo el recorrido me pregunta:

- Bueno, compañero, ¿qué le parece si ahora vamos al despacho a cerrar este trato? Un directivo como usted seguro que tiene mucho que hacer y mi última intención es hacerle perder el tiempo. A partir de ahora solo queda la parte de elaboración de la fábrica, y le aseguro que no se pierde nada.

- No se preocupe señor Lin, tengo todo el tiempo del mundo, y realmente me gustaría la fabricación de estos magníficos productos que usted tiene.

Desde ese momento, su cara cambia. Ya no había nada del simpático ejecutivo que había sido mi guía. Se vuelve serio y me dice:

- Está bien. Pero a partir de aquí, usted tiene que venir solo. Sus acompañantes tendrán que esperar aquí.

- Como desee –digo con la máxima simpatía que me sale e intento que no se me note el miedo.

Pasamos un largo pasillo y entramos a una gran nave donde puedo verlo todo: cientos de mesas apretadas, con un trabajador en cada una, sin levantar la vista de su máquina de coser, con un calor asfixiante y sin apenas ventilación. A los laterales había personal de seguridad, probablemente para asegurarse de que nadie parase de trabajar. Mi cara de conmocionado debió de ser muy descarada porque Akame empezó a ponerse todavía más nervioso y me dijo:

- Por lo que ve, aquí la producción no se para. Trabajamos al máximo para que nuestros clientes tengan su pedido lo antes posible.

“Dirás trabajan, explotador de personas”, pensé. Al ver esa escena se me olvidó por un momento mi objetivo principal, los niños. ¿Dónde los tenían metidos? Intento quitarle importancia al asunto y le digo:

- No pongo en duda que usted mira por su negocio señor Lin. Esta manera de trabajar sí que es productiva, no como en Europa, donde tenemos más vacaciones que días laborables y cada día nos estamos volviendo más holgazanes. Si fuera por mí, hasta los niños que no den la talla en el colegio deberían estar trabajando para que sepan lo que realmente cuesta ganarse la vida, ¿no cree usted, Akame? –La última frase parece que relaja al estúpido pez gordo.

- Veo que usted tiene más madera de empresario que todos con los que hemos trabajado hasta ahora. La verdad señor Martínez, es que no debería enseñarle esto, mis socios me matarían si...

- Señor Lin, puedo asegurarle que su secreto está a salvo conmigo –nunca pensaría que este imbécil fuera a llegar a ser tan estúpido.

- Venga conmigo, entonces.

Bajamos donde están los trabajadores cosiendo la suela de los zapatos y, cuando paso junto a ellos, no se atreven a mirarme a la cara por miedo, probablemente, a que uno de los seguratas de la sala les castigue. Llegamos a otra pequeña sala que se comunica con una puerta con otra nave todavía más grande y lo que veo allí me estremeció, de tal manera que empecé a sentirme mareado y se me cayeron las gafas.

- ¿Se encuentra bien señor Martínez? – me pregunta Akame.

- Perfectamente, solo que aquí hace mucha calor –y recojo las gafas de suelo, rezando para que no se haya roto la cámara que tiene incorporada.

- Extraordinario, entonces. Como puede ver, aquí tenemos un “programa” bastante bueno para esos niños que no sirven en la sociedad y solo les queda trabajar y trabajar. Quién sabe, lo mismo en un futuro son capaces de llegar a ser hasta hombres de provecho –lo dice tan irónicamente que me entran ganas de pegarle una paliza y salir corriendo de ese sitio lo antes posible.

Si las personas de antes estaban apretadas, estos pobres niños no tenían casi sitio de moverse. Estaban sucios y se les notaba demacrados por el cansancio. No quería permanecer en esa habitación ni un minuto más pero me prometí a mí mismo que esos niños escaparían de este lugar.

- Bueno, creo que esto es todo lo que tengo que enseñarle. Como ve, aquí no perdemos el tiempo. Si no le importa acompañarme para firmar los últimos trámites...

- Estaré encantado – intentando que no se me note el asco que le tengo.

Nos dirigimos a su despacho y comenzamos a tramitar todo el papeleo. A la media hora, nos dirigimos a la salida y se despidió de mí con un sonoro abrazo como si fuera haber hecho el contrato del año.

- Le avisaré cuando me llegue la mercancía. Muchas gracias por vuestra amabilidad. Siempre es un gusto trabajar con gente como ustedes, señores –“Te voy a arruinar la vida, cabrón”, pensé mientras me montaba en el coche y salía de ese infierno.

Cuando llegue al bar desde donde había salido esta mañana todo eran gritos de emoción y felicidad. En cuanto me baje del coche recibí una oleada de felicitaciones y abrazos. Yo estaba tan conmovido por lo que acababa de pasar que sabía realmente si el plan había salido bien. Intento responder a la avalancha de preguntas y en ese momento llega Shia corriendo, se avalanza hacia mí y me besa. Ante mi sorpresa me dice:

- ¡Lo hemos conseguido! ¡Los tenemos! Las imágenes no son perfectas, pero son suficientes para poder denunciarlos. ¡Has estado genial! No me puedo creer que lo hayamos conseguido.

- Bueno... la verdad es que ha salido todo bien. Por un momento solo quería matar a ese tío y salvar a todos los niños que había dentro – digo

- Tranquilo, guiri, eso es lo que vamos a hacer –Darrell viene y me levanta en brazos como si fuera un muñeco– Cuando se te cayeron las gafas pensé que todo se había ido al traste. Tengo que reconocer que me has sorprendido chaval.

En ese momento se acerca Louis sonriente, me da una palmada en la espalda y me dice:

- Buen trabajo, compañero. No sé qué te habrá parecido la experiencia, pero queremos que sigas con nosotros. Esto es solo el principio y queda mucho por hacer y muchas fábricas que desbancar.

- La verdad... Es que tanta emoción no es buena para el corazón, pero el mío lleva demasiado tiempo parado, así que creo que me sumaré a alguna aventurilla que otra de estas que organizáis. Aunque con una condición, quiero tu sitio en la sala de reuniones, tu sillón parece muy cómodo – le digo sarcásticamente.

Louis se ríe y me suelta:

- Bienvenido al equipo, cagueta.

Nos metemos dentro y empezamos a organizar todas las fotos conseguidas con las gafas y las grabaciones de voz de las conversaciones entre Akame, Lin y yo, y a pensar, sin perder ni un momento en nuestro próximo objetivo, porque como dice Eduardo Galeano: “Gente pequeña, haciendo cosas pequeñas, en lugares pequeños, pueden cambiar el mundo”.